

## CARTAS Y CARTAS

por

Benito Lynch

Cosme Yorena está aún ante la amplia mesa-escritorio de su amigo y coetáneo Cándido Reales, hombre de la buena sociedad y jurisconsulto de cierto relieve, cuando «La Micha», hija del último y hermosa muñeca de «Segundo normal», penetra de nuevo en la estancia y se aplica a revolver nerviosa y ruidosamente, los cajones de cierto mueble.

—¿Qué, Micha?...

—Nada, Cosme, unos papeles...

—¡Ah!... Y el mozo, quien, aunque por su edad pudiera ser padre de la muchacha, no puede dejar de admirarla como a mujer, torna a preguntar en seguida y en el tono de broma que siempre emplea para con ella.

—¿Papeles de negocios, Micha?...

—¿Qué de negocios!... ¡De carta!... No sé en dónde los habrán metido... ¡Ah, qué suerte, aquí están!...

—¿Tiene que escribir, Micha?...

—Sí, una carta...

—¡Ah, caramba!... Espere que le cedo el sitio...

—¡No, qué esperanza, Cosme!... No faltaba más...

Y la chica, después de contener al hombre con un ademán de sus pulidas manos de maniquí de cera, agrega sonriente:

—Yo me acomodo en cualquier parte... Capaz sería de escribir patas arriba...

—¡Oh!

—¡Palabra!... ¡Oy, qué loca si papá me oyese!...

Y acto seguido y mientras él, contenido por mil respetos, la mira con la expresión con que suele mirar el gato castigado al canario que salta en la jaula, la Micha, con el estilógrafo en una mano y un block-esquela de color mostaza e la otra, se desploma de rodillas sobre la alfombra, se tiende luego de cúbite ventral y exhibiendo unas pantorrillas casi matronescas se dispone a escribir.

—Pero, chica... ¡por favor!... ¿Qué hace?... Siéntese aquí... ¡Caramba!...

—¡Quieto!... ¿No ve que estoy acostumbrada y

por lo tanto me resulta más cómodo que estar ahí como un pavo en el escritorio?

—Muchas gracias...

—¡Ah!... ¡Perdone!... ¡Ja, ja, ja!... ¡Quise decir como una pava!... ¡Qué bueno!... ¿No se enoja, Cosme?...

—¿Yo?... ¡No faltaba más!...

Y transcurre un largo silencio, hasta que por fin, cansado Cosme de buscar inútilmente la manera de manifestarle cultamente a un corresponsal que no quiere tener más asuntos con él, vuelve a bajar los ojos y a pasear la mirada por el cuerpo de la chica que, tendida en la carpeta de apagados tonos, continúa llenando velozmente los grandes pliegos de color de mostaza y con bordes tan irregulares que parecerían roídos por los ratones. La rubia cabellera de la muchacha—sin duda alguna peinada por manos masculinas—remeda un reventón de espuma dorada y su cuerpo ceñido y casi transparentado por la tela de la falda, el de una estatua pagana, un poquito gorda.

La Micha llena primero las cuatro caras de cada pliego y luego las cruza escribiendo a gran velocidad para tomar en seguida uno nuevo y repetir la tarea sin un tropiezo, sin una vacilación...

—¡Micha!...

—¿Qué?... ¿De qué se ríe?

—¿Se puede saber a quién escribe tan largo y con tanta furia?

—¡Y!... A Basil, a mi novio... ¿No sabe que estoy de novia?

—¡Ah!... ¿Otra vez?... La felicito... ¿Quién es ahora?

—Basil... Jorge Pavoloni... pero yo le llamo Basil porque me gusta más y porque me hace acordar a Basil Rathbone...

—No lo conozco, pero el apellido «me suena» y estoy seguro de que su nuevo novio debe ser un gran muchacho... ¿Ausente, no?

—¡Dios lo libre! Está aquí nomás, empleado en el Ministerio de X... Papá le consiguió el empleo. Hace fichas...

—¡Ah, qué bien! ¡Gran porvenir!

—¡Avisé si quiere cacharme y sépase que apenas tiene veinticinco años!

—¿Yo? ¡Qué esperanza! Muy jovencito... A su edad, tu padre ya era un profesional conocido, ganaba dinero, hacía años que estaba casado y tenía tres hijos...

—¿Qué dice? ¿De qué se ríe?

—No me río... pensaba en que si su Pavoloni está tan cerca, ¿por qué no le habla usted por teléfono en vez de escribirle tantas y tan largas cartas? ¿No lo va a ver en muchos días, acaso?

—Ya lo creo que voy a verlo, pero le escribo porque lo quiero y nos queremos, porque tengo que preguntarle y decirle muchas cosas... y además porque a él no lo dejan hablar por teléfono desde la oficina.

—¿Y él le escribe?

—¡Ah! El es un sinvergüenza como todos los hombres y me escribe menos, pero me escribe también...

—¿Y a qué horas llena las fichas?

—¡Y qué sé yo! Figúrese que por cada diez cartas mías él me escribía una... ¿Ha visto qué canalla, Cosme?

—No he visto nada y a mí no me meta en líos... Pero lo que me parece, Micha, es que usted le escribe demasiado, que usted abusa de los «placeres epistolares»...

—¿Yo?

—Usted, y recuerde que la abundancia excesiva suele quitar el valor a ciertas cosas...

—Sí. ¿La abundancia de dinero, por ejemplo?

—Me refiero a las cosas que atañen al espíritu, aunque si bien se mira, también podría referirme a la prosa de los pesos... Estoy bien seguro de que si usted tuviese un peso único, habría de atribuirle mayor valor que si lo tuviera acompañado de otros cien mil ciento tres, pongo por ejemplo...

—«¡Tiene razón, bicho cabezón!»... ¡Ay! ¡Disculpe, Cosme! Si papá me oyera... ¿qué movida la que me daba!

—¿Por qué? ¡Vaya! ¡Encantado, Micha!

—¡Cállese, no sea hipócrita!

—¿Por qué?

—Porque usted piensa lo mismo que papá... ¿Acaso no sé? ¡Bueno, siga!

—Prosigo medio «groggy». Como le decía, si bien es cierto que la abundancia no daña en casos como

ése del dinero, no es menos verdad que la abundancia disminuye o por lo menos desprestigia el valor de algunas cosas. Sea buena y dígame cuántas cartas le ha escrito ya a Pavoloni.

—Y... le habré escrito... ¡Oh!... ¡Vaya a saber!... ¿Miles?

—¿Cómo miles? Es imposible...

—¡Y, bueno! ¡Cientos entonces, qué sé yo! ¿Cómo quiere que me acuerde?

—Bien, no importa... Supongamos ahora que en lugar de esos centenares de cartas le hubiera escrito una sola.

—No puedo figurármelo. ¿Qué chica va a escribir una sola carta?

—No crea, Micha... las hubo y debe haberlas aún. Por mi parte conozco el caso de una, que en cinco años no le escribió sino una carta al hombre que amaba.

—¡Qué sangre de pato! No lo querría o no sabría escribir, tenga la seguridad, Cosme...

—Al contrario, Micha, sabía escribir, tenía un temperamento ardoroso y lo quería tanto —o mejor dicho— se querían tanto ambos, que con el relato de aquel gran amor quizá hubiera podido hacerse una novela...

—¿Nooo?

—¡Palabra de honor, Micha!

—¡Oh!

Y la muchacha ya interesada, abandona el decúbito, se sienta en el piso, abraza sus rodillas y entre curiosa e intrigada levanta sonriente el pintado hociquito.

—¡Sí, señorita!

—¿Usted?

—¡Yo, qué?

—¡A usted le pasó, verdad?

—No, a mí no...

—¡Oy! ¡Qué lástima!

—¿Por qué?

—No sé... pero siempre son más interesantes las cosas que les ocurren a las personas a quienes conocemos...

—Entonces lo siento, Micha, porque el caso no le aconteció a ningún conocido suyo...

—¿No? ¡Bueno! Pero no importa, cuéntemelo nomás.

—Cuéntole: había cometido el error...

—¿Quién?

—¡Ah! Es verdad... Dispense... Un mozo de veintitrés años y que se apellidaba Luna... Había cometido el error de comprometerse —sin averiguar muy

bien de lo que se trataba— en un movimiento revolucionario de antemano condenado al fracaso, y después tuvo que refugiarse entre los indios... Le advierto que el hecho ocurrió allá por mil ochocientos treinta y tantos... No vaya a creer que el año pasado...

—¿Qué vivo! ¿Y no lo mataron los indios? Sé que eran feroces...

—Noo, Micha... los indios que asaltaban poblaciones y las incendiaban, que degollaban a los hombres y se llevaban cautivas a las buenas mozas que caían en sus manos debieron ser sin embargo un tanto respetuosos de las leyes de la hospitalidad, pues de otro modo no se explicaría que acogieran y ampararan muchas veces, y por años, al «winca» perseguido por las autoridades del país y ya fuera el tal, víctima del infortunio político o el peor de los bandoleros.

—Está bueno... Siga.

—Apenas pudo zafarse de la persecución enconada y sangrienta que siguió a la derrota de su bando, Pablo trató de rumbiar hacia...

—¡Ah! ¿Se llamaba Pedro?

—Sí, Pablo Luna... ¿O quiere que se llamara «Bob» o «Rob», como los personajes de las películas yanquis?

—No, pero Pablo no me gusta, es cursi... «¡Pablo y Virginia!»... ¿No? ¡Ja, ja!

—Lo siento, Micha, pero así se llamaba aquel muchacho que, sin más armas que su cuchillo (porque para aliviar a su caballo de carga, tuvo que deshacerse del fusil y del sable que le proveyeran sus correligionarios), tenía que atravesar media provincia de Buenos Aires y hundirse en La Pampa para ir a buscar amparo entre los enemigos de la Civilización y de su raza, allá por las misteriosas regiones del Manuel Mapú... ¡Ah, ah! Y el pobre Pablo era muy joven como le dije y, además, estaba locamente enamorado...

—¿Oy!

—Sí, de una chica «surera» que se llamaba Gumersinda...

—¿Gumersinda? ¡Oh, qué nombre más raro y más feo! ¡Gumersinda! ¡Ja, ja!

—¿Usted quisiera que se hubiese llamado «Marleine», o «Joan» o...

—Me hubiera gustado «Ginger» o en todo caso «Kay»... ¿No?

—Lo lamento, Micha, pero se llamaba Gumersinda... Gumersinda Arraiza y era tan extraordinariamente linda que ante ella hasta los mozos más atrevidos y más corridos se quedaban mudos y como

pasmados de asombro. ¡Ah!... Y además había otra cosa...

—¿Sí? ¿Qué cosa, Cosme?

—Que al revés de lo que ocurre con tanta frecuencia en el teatro, en la novela y en el cine, Gumersinda no era una mujer casada, ni una divorciada, ni tan siquiera una chica que hubiese tenido amores con otros hombres. Por más que a muchos pudiera esto resultarles insípido, la verdad es que Gumersinda era limpia, como el agua de esos pequeños manantiales que suelen hallarse en nuestra Cordillera a miles de metros de altura o, para que la metáfora resulte más modernista y menos romántica, Gumersinda era como el alcohol absoluto y podía arder por lo tanto en la amorosa llama sin temor a residuos...

—¡Bueno! ¡Siga! ¿Por qué se para? ¿Rubia, no?

—No, Micha, no, morena... y además sin pintura o «tizne» de ninguna clase. Una joven belleza tan libre de artificio como esa de las rosas, de los jazmines o de las «damas de la noche».

—No se usaría...

—Se usaba, Micha. El General Mansilla refiere en su libro que las indias ranqueles entre otras coquetearías se pintaban las mejillas y el labio befo con cierta carmín chileno y se hacían, además, unos lunarcitos muy coquetos con barro de las lagunas!

—¡Nooo!

—¡Siíii!

—¿Y cómo podía ser eso? Me parece que macanea...

—¡Ah! Yo no lo sé en realidad, pero lo era. Quizá a las indias les llegó antes que a las muchachas «cristianas»— como se decía entonces— la noticia de aquella moda.

—¡Bah! ¡Hágase el vivo!

—Palabra de honor, Micha, le juro que no le encuentro otra explicación!

—¡Mire que las indias haciendo modas! ¡Bah!

—¿Y por qué no? ¿O usted cree que a las modas las hacen las mujeres cumbres de la sociedad europea?

—¡Claro que sí! ¡No la van a hacer aquí, en «Jubilópolis», como dice mi tío!

—¡Un momento, un momento! ¿Usted cree que la alta sociedad británica es elegante?

—Sí, creo...

—¿Se ha enterado usted del incremento que ha tomado entre las mujeres sudamericanas la costumbre de montar a caballo con pantalones y a horcajadas como los hombres?

-Sí... ¿Y eso qué tiene que ver?

-Tiene... que el otro día hallé una fotografía de la princesa real de Inglaterra, muy sentadita en montura de horqueta y con pollerón...

-¿En dónde? Yo no lo vi...

-En las páginas gráficas de un gran diario... ¡Viera, Micha, que alarde de elegancia y de gracia femeninas! Aparecía acompañada por su hermano el Rey...

-¿Sí?

-Sí... y a mí se me ocurre que lo *demodé* de la vestimenta y maneras de la chica real ha de deberse a que todavía no le llegó la noticia de lo que se usa en materia de equitación...

-¡Qué vivo!

-¡Palabra de honor!

-¡Bueno, bueno!... ¡Siga!

-Prosigo. Era tan linda Gumersinda que de haber habido concursos de belleza por aquel entonces, no hubiese obtenido ningún premio... Tenía... o mejor dicho se le sospechaba o adivinaba un cuerpo flexible como el de una gata de raza y apretado y firme como la carne de las manzanas...

-¡Oy!

-¡Un momento! Pero su mayor atractivo, su encanto, la mejor de sus glorias, estaba en sus ojos... De ellos fue de lo primero que se enamoró Pablo Luna, tan pronto como Gumersinda se dignó mirarlo. ¡Qué ojos estupendos, Micha, qué ojos!

-¿Ah, sí?

-Sí, Micha, tenía unos ojos maravillosos, unos ojos muy grandes y mucho más negros que el cielo tormentoso de una noche de Julio, pero lo más notable era la expresión que podía darles la muchacha... Por eso es...

-¡Bah! ¿Acaso los ojos de todos no tienen las expresiones que se les imprimen?

-Claro que sí, pero ésa de los ojos de Gumersinda a que me refiero, era arrebatadora, irresistible y única y la muchacha la manejaba, al parecer, tan discreta como hábilmente y con ella estableció sin duda y como ya lo dije antes, el primer contacto con el corazón de Pablo...

-Yo...

-¡Imagínese, Micha, la crueldad y la temura más hondas, la ingenuidad y la malicia, el llanto y la risa, la sombra de un gran dolor inolvidable y el rosicler de la más bella esperanza, todo junto, todo mezclado!

-¡Qué poético!

-Sí, sobre todo, lo de «mezclado».

-¡Oh, bueno, siga! ¿Y él cómo era? Eso es lo más importante ahora.

-¿El? ¡Ah! Él era simplemente un hombre...

-Claro, me imagino que no iba a ser una chica... Quiero decir, ¿cómo era físicamente, a quién se parecía?

-¿Cómo a quién se parecía?

-Sí, ¿a qué artista de cine? Los conozco a todos.

-¡Ah, Micha! Lo ignoro en absoluto... y al decirle antes que Pablo era un hombre quise significar que además de poseer salud, robustez y todos los atributos de la masculinidad, era un hombre capaz de mantener, de proteger y de hacer dichosa a la elegida de su corazón.

-Pero... ¿rubio o morocho, alto o bajo, gordo o flaco? Porque a mí los gorditos me revientan...

-¡Cállese! No diga eso. He conocido cientos de mujeres a quienes «reventaban» los gorditos o los flaquitos o los coloraditos y que acabaron casándose con uno de los tales o haciendo cosas «mucho más piores» como decían los paisanos...

-«Basil» no es gordo ni flaco ni...

-¿Quién es «Basil»?

-Jorge Pavoloni, mi novio; no se haga el vivo...

-¡Ah! No he dicho nada malo con respecto a Pavoloni, ni tengo tan siquiera el gusto de conocerlo, como usted lo sabe muy bien. Lo que he querido decir, es que el Pablo de mi referencia, alto, bajo, negro o blanco, era todo un hombre y uno que no tuvo en su vida sino dos debilidades: enamorarse de Gumersinda Arraiza así, a primera vista y para siempre y después, comprometerse en aquella revuelta fracasada de antemano, por temor a que lo creyesen un cobarde... ¿Qué me cuenta?

-Nada. ¡Siga!

-Por aquellos tiempos -como en todos los tiempos- a los gobiernos no les gustaba que les hiciesen revoluciones, pero los de entonces llevaban su vengativo enojo a extremos muy desagradables.

-¿Sí?

-¡Palabra de honor! Y como Pablo Luna no lo ignoraba, apenas zafado a la persecución, se apresuró a ganar el desierto para refugiarse, huyendo de la Civilización, en el seno de la Barbarie...

-¡Pobre! ¿No?

-Pocos días antes y ya comprometido en el movimiento, pero tan libre aun de amores como pudiera serlo de prisión de jaula un pájaro salvaje de los campos, la conoció a ella... Fue en una tarde de gran bullicio y novedad en la plaza del pueblo. Se realizaba

allí, una suerte de *meeting* o «celebración»—como decían los paisanos de aquel tiempo y aun de muchos después— a efectos de propiciar la revuelta armada contra los que mandaban. La vio a Gumersinda como le dije, vio sus ojos extraordinarios y con calor en el corazón y en las orejas y a lo largo de la espina dorsal, descubrió que hasta aquel instante no había visto nada de bueno en el vasto mundo, que hasta aquel instante había vivido como un «pichi-ciego» o como los «tucutucos» en sus subterráneos de arena...

—¡Qué gran verdad, Cosme! Una no es una sentimental, pero lo mismo me pasó a mí con Pavoloni. Fue como un despertar, como un deslumbramiento.

—Seguramente... ¡Bueno! Como iba a decirle, los muchachos conversaron después unas pocas veces y temblando de emoción en casa de unos parientes comunes, y acabaron por encenderse de pasión tan simultáneamente como la luz de dos lamparillas al volver una llave. Un día, precisamente el que se siguió a la noche inolvidable y «divina» en que se juraron mutuamente amor eterno, Pablo supo inesperadamente, y ya sin tiempo para despedirse, que debería presentarse de inmediato al cuerpo de voluntarios que se estaba organizando a toda prisa en una estancia lejana. ¿Cómo hacer para avisarle, para decirle: «Adiós»? En aquellos tiempos las costumbres y por ende las relaciones entre los sexos no eran fáciles como hoy en día, de manera que Pablo pasó mil angustias hasta el momento en que, ya a punto de marchar, pudo confiar un billetecito de despedida a cierto ingenuo adolescente emparentado con la mozoela: «Me voy, mi alma, hasta no sé cuándo, pero te querré siempre en La Vida y en La Muerte».

La chica, al leer la misiva en el patio de aquella casona perfumada por las flores de acacia blanca, se puso primero encarnada, después muy pálida y por último garrapateó con lápiz esta breve cuanto hermosa respuesta, que entregó al parientito analfabeto que aguardaba con el caballo sujeto de la rienda y mordiscando una pajita: «Acuérdate de mí... Yo te tengo en mi corazón.»

Y cuando Pablo Luna, ya a caballo, con un gran sable y un pesado fusil de ceiba en bandolera, tomó aquel papel sintió en su emoción infinita como que el mensajero le hubiera entregado para que lo guardara en el seno, el propio corazón de la amada tibio y palpitante como un pichón en su nido.

Después Pablo Luna leyó la breve carta muchas veces durante la marcha larga y fatigosa que precedió a la batalla; podría decirse que volvió a leerla

cada vez que un tropezón de su caballo le arrancaba a la inconsciencia del sueño y cuando vino el jefe de barba tordilla y «chapiao» de plata a arengarlos para la carga, no leyó una vez más la carta, pero la extrajo apresuradamente del bolsillo de su tirador para besarla tres veces, para besarla con el mismo fuego con que lo hubiera hecho despidiéndose de ella y de La Vida, allí, ante la amenaza mortal del enemigo.

—¡Oh!

—Más tarde ya no pudo besarla ni mirarla tan siquiera por mucho espacio de tiempo. Había logrado escapar a la persecución despiadada tan sólo por el vigor excepcional del soberbio caballo que montaba, pero aún le quedaba hartito que hacer para considerarse a salvo por completo. Pablo, a fin de conservar aquel gran caballo, comenzó a marchar muy despacio y con preferencia de noche, esquivando huellas y poblaciones, alimentándose de «aves del campo»— como llamaban los paisanos de entonces lo mismo a una perdiz que a un venado— y durmiendo en los pajonales con el caballo a la estaca y a lazo largo. Menos mal que al principio no padeció mucho, porque después, en La Pampa, no fue lo mismo: unos ventarrones helados unas veces y otras unos soles de fuego que lo obligaban a protegerse la cabeza haciéndose como un toldito con el poncho o la carona de su recado.

Una tarde mientras reposaba sentado en el suelo aguardando a que se asasen dos «aves» que había cazado para su alimento: un zorrino muy gordo y una martineta muy flaca, volvió a extraer la carta y a releerla y re... besarla, y dicen que cuando la guardaba de nuevo en el bolsillo de su tirador, casi sonrió con optimismo mirando hacia el S.O. inquietante y remoto.

Días después y ya en la región de los montes, se encontró por fin con una partida de boleadores indios, quienes, después de maltratarlo de palabra y de hecho, le quitaron cuanto llevaba encima—menos la carta de Gumersinda que había escondido en el pelo— y lo llevaron a la toldería a la que pertenecían y a la presencia del «donco» (jefe), un oscuro capitanejo dependiente de un célebre cacique de aquellos tiempos y personaje que le acogió con la tolerancia y simpatía necesarias para evitar que algún exaltado lo sacrificase, en un impulso, de una puñalada o de un bolazo.

—¡Oh!

—¡Claro! Y transcurrieron los primeros meses del involuntario exilio de Pablo Luna, en cierto modo los más duros de su larga estada en «tierra adentro». El pobre muchacho sufrió mucho, muchísimo, antes de

amoldarse un tanto a aquella vida de privaciones y salvajismos. Su ropa estaba en andrajos, la barba le cubría el rostro hasta los ojos y tenía que asegurarse el cabello con una vincha porque su frondosidad y largura le perturbaban la visión. Además, cierto indio, en cuyo toldo vivía como agregado, le había tomado tan entre ojos, que estando borracho hasta trató una vez de asesinarlo. Parece que cierta mañana el capitanejo que volvía de los corrales se encontró con que «Curúco» —que así se llamaba el indio perverso— montado sobre el torso de Pablo yacente, trataba de descubrirle el pescuezo para degollarlo en medio de la rechifla de algunos circunstantes. Felizmente el capitanejo, casi sin palabras y sin apearse siquiera del magnífico zaino que montaba, arregló el asunto en un instante. El feroz «Curúco» al cepo de lazo hasta que se calmara y Pablo desde ese mismo momento se pondría a levantar junto a los toldos del jefe uno que le sirviese de albergue, a cuyo efecto se le facilitarían «oficialmente» algunos palos «tuertos» y unos pocos cueros de yegua y de guanaco medio comidos por los perros mañeros que por allí abundaban y, cuando por fin el toldo aquel estuvo levantado y Pablo Luna pudo encender «fogón propio» y tender ante él su cama, una vez más extrajo del tirador la amada carta y volvió a besarla y acariciarla diciéndose mentalmente como la mayoría de los enamorados sinceros de todos los tiempos: «¡Sí ella pudiera verme...!».

—Pero, pero... digo yo... ¿Pero ella, la zonza, por qué no le escribía? ¡Caramba!

—No le escribía porque ignoraba en dónde estuviese, y aún si se hallaba vivo o muerto y porque aunque no hubiera ignorado su «domicilio» hay que tener en cuenta que los correos de entonces no estaban a la altura de los actuales. Figúrese que una carta (sin franqueo desde luego) llevada de favor a favor por diez manos distintas solía tardar en cumplir su misión dos o tres años<sup>2</sup> —¿No sintió hablar, amigo, de una carta que asignen se han acordado varios me tenían los indios del cacique Caimé van pa dos años?»

—«Sentí hablar de una carta, sí señor, y hasta creo que la vide en una ocasión hará como un año, pero naides me dijo que fuera pa usted».

—«¡Ah, ah! ¿Y después, amigo?»

—«Después... no sé más. ¡Quién sabe lo que habrá sido e la carta! ¿No?»

—«¡A la verdad!»

—Y si esto solía acontecer hasta con una «pieza postal» dirigida a gente que «estaba bien» con el gobierno y con los indios, calcule lo que podría suce-

derle a la consignada a un prófugo que había logrado refugiarse entre los indios y salvar el pellejo porque Dios es grande.

—Cierto...

—De ahí que, como comprenderá, la carta aquella, única, tuviera para Pablo Luna un valor extraordinario. Era como una reliquia, era como el vínculo material que aún le unía a Gumersinda, al través del tiempo y la distancia; era también el único rastro, la única prueba indiscutible de que aquello tan breve y tan hermoso no había sido simplemente un sueño, como a cada momento se le ocurría: «Acuérdate de mí... Yo te tengo en mi corazón».

Es posible que miles de veces, aquellas frases hubieran sido escritas ya en todos los idiomas de la tierra, pero no es menos posible que para Pablo Luna resultaban tan inéditas como para millares de otros enamorados y que por eso, al releerlas, su rostro palidecía y su corazón vigoroso se sentía capaz de realizar por Gumersinda las más grandes acciones y los más crueles sacrificios.

—¡De veras!

—Hasta que un día perdió la carta...

—¿Cómo? ¿Dice que perdió la carta?»

—Justamente!

—¡Oy!

—Verá: los chicos de los indios (al igual que los de tanta gente civilizada de todos los tiempos) solían ser una atrocidad de malcriados.<sup>3</sup> Hacían en los toldos lo que les venía en ganas, ante las narices complacidas de sus progenitores y así como los de aquí le ensucian a uno los pantalones con crema o con caramelos, rompen los cristales de las ventanas a pelotazos o saltan los muros divisorios para robarse las flores o las frutas, allá, en las tolderías, tomaban para jugar o para destruir cualquier cosa útil: las prendas de vestir o de los aperos, armas, lazos, boleadoras... y yo la quisiera haber visto a usted llena de apremio para salir al campo y buscando sin encontrarlos su rebenque o sus riendas o sus espuelas, porque los niños se los habían llevado para abandonarlos en cualquier sitio... ¡Ah, ah!

—¡Bueno! ¿Y?»

—A eso voy: para que no acabase por destuirsele de tanto estar en el bolsillo del tirador, Pablo había recurrido a la precaución de guardarla en un «chifle» de «güampa» que...

—¿Y eso?»

—¡Ah! Es verdad... Eso era, Micha, una suerte de recipiente que se confeccionaba con un cuerno de

vaca («güampa» en araucano) para beber en él o guardar líquidos.

-¡Bueno!

-Como le decía, Pablo acostumbraba a guardar la carta en aquel chifle de asta con tapa de «caldén» y para...

-¿Caldén? ¿Qué es «caldén»?

-Pero... ¡Caramba! Era y es un árbol abundantísimo en la región. Una madera colorada y...

-Bueno, bueno, ya sé... Siga su cuento...

-¿Cuento? Historia, Micha...

-De cualquier modo.

-Bien, como le estaba refiriendo, Pablo Luna acostumbraba a guardar la amada carta en un chifle y para mayor seguridad a envolver éste en una vieja blusa de merino (que antes había sido negra, pero que a la sazón mostraba un verde amarillento de lo más desagradable), conjunto que guardaba a la vez en su toldo, debajo de unas pieles de carnero y de otras prendas del apero, que le servían de apero y cama.

-¡Nooo!

-Se lo juro... Y un atardecer de otoño lleno de melancolía al regresar de un trabajo en la chacra del capitanejo, Pablo sintió deseos de mirar y de leer una vez más la carta que se sabía de memoria... Sin duda, como suele acontecer, le parecieron mentalmente tan bellas y dulces las frases de la amada, que dudó de su realidad en medio de tantas amarguras y tristezas y... «¡Juna perra!».

-¿Y eso?

-Es una exclamación de cólera o despecho un tanto rústica, pero, créame que reemplazaría sería «mucho más peor» como decían los paisanos... «¡Juna perra!»... Algunos chicos habían andado en su albergue revolviendo las cosas. Su famoso asiento de cadera de potro estaba «patas p'arriba» casi afuera del toldo, faltaba un pedacito de asado de gama que colgaba de un palo y habían deshecho el fogón y desparramado las cenizas... «¡Ah, ah!»... «En fija» el mayorcito de la viuda Rumejhuan (paseandera) y el otro, el de la «Cusce-waca», que quiere decir: «vaca vieja» en araucano y que siempre le acompañaba en sus travesuras...

-«¡Juna perra!»

-¿Otra vez?

-¡Qué «otra vez»! ¡Mil veces, un millón de veces! Piense que el pobre Pablo al levantar la cabecera de su cama de cueros de carnero, encontró sí,

la blusa verde amarillenta, pero no el «chifle de güampa» en el que guardara su tesoro!

-¡Oy!

Pablo Luna, desesperado, frenético, desparramó todas las prendas de su cama, aventándolas a los cuatro vientos en la búsqueda angustiada y, por último, se lanzó hacia los toldos vecinos gritando como loco:

-«¡Me han sacado, me han quitado, me han robado una güampa, la güampita!»

-¡Pobre! ¿No?

-Empezaron a ladrar los perros, y un buen golpe de «chinas» curiosas asomaron al punto las cabezas greñudas o lustrosas por entre los cueros de los toldos:

-¿Qué pasa? ¿Por qué grita el wincá nuevo? «¿Chem piteyechi wenthun?»<sup>4</sup>

-¿Y eso?

-Quiere decir en araucano: «¿Qué dice ese hombre?, según la Etimología araucana, del presbítero Melanesio. Algunas buenas mozas—que nunca faltan en ninguna parte—aparecieron también ora con una escoba de ramas en la mano, ora arrastrando «el cuero de la basura» (porque por allá no existía el célebre tacho de la idem), ora peinándose los cabellos y riendo tan uniformemente como rien hoy las muchachas en los retratos y aún algunos hombres... «Pero... ¿Qué pasa?... ¿Qué pasa?...»

Y fue creciendo tanto el alboroto que los perros asustados comenzaron a aullar y a pelearse furiosamente, que algunos indios «de lanza» que dormían aún la siesta llegaron a levantarse y que hasta el atrabiliario «Curúco», el implacable enemigo de Pablo, asomó también por un instante su cara de borracho para lanzar a éste algunos de sus acostumbrados e insultantes desafíos: «¡Cristiano maua, cristiano sarnoso! ¿Querés pelear conmigo?»

-¿Qué quiere decir «maua»?

-Algo así como flojo o «pototo» o «bebita»...

-¡Ah!

Pero Pablo Luna no quería pelear con él ni con nadie. Lo que quería el desdichado era saber lo que había sido de su amada carta, del corazón de Gumersindo podría decirse, que acababan de robarle:

-«¡La güampa, la güampita!» ¿Quién me sacó del recado una güampa, un chifle de güampita que yo tenía en mi toldo con un papel... con mi corazón, con mi vida adentro?

Cuando la gente comprendió por fin de lo que se

trataba, todos, aleccionados sin duda por la experiencia, en seguida pensaron en los chicos, en una travesura de los chicos, y cierta damisela que por algún motivo no amaba a la señora Rumejhuan, o sea «La Paseandera», se atrevió a insinuar a Pablo en voz alta:

—¿Y no será nomás, Wincá, el chico de Rumejhuan que suele ser tan travieso?

Mas apenas dijo esto la joven dama (una soltera buena moza con tres lunares en la barbilla y la negra cabellera reluciente a fuerza de «caracú de vaca») cuando cata allí, que apareció la aludida madre del pergenio y la interpeló colérica:

—¡A ver! ¡Yegua descuadrilada! «Vihu-chocha» (que quiere decir «vibora amarilla»), ¿por qué te metes con mi «puchi wenthú», por qué lo ensucias con tu saliva de guanaca?

Y jaleadas por sus amistades respectivas ambas damas acabaron por tratarse mutuamente de «ñuazomo» que quiere decir: mujer «deshonesta».

—¡Oy!

Cuando el desorden y griterío de las alborotadas féminas llegó al colmo de algunos esposos decididos intervinieron con una docena de empujones zamarreros y rebencazos consiguieron crear una atmósfera de mayor inteligencia:

—¿Dónde está el chico e la viuda?

—En el «huaco» —se apresuró a informar su eterno compañero «Cusce-waca» incidentalmente disgustado sin duda con él, señalando hacia la redonda laguna con el tostado dedito y, de inmediato, Pablo Luna y la mayoría de los presentes corrieron hacia la aguada distante unas dos cuadras y algunos mocetones «de lanza» lo hicieron a caballo, no obstante la brevedad de la distancia y tal cual lo hacen hoy algunos automovilistas enemigos de la fácil tarea de mover las piernas.

El chico de la viuda («Chay»), pero para la madre y para muchos «Hua-hua», en quechua: «criatura de pecho», pues parece ser que la tal sociedad araucana usaba (sospecho que por simple cuestión de moda) vocablos de esa lengua en lugar de los propios, tal como hacemos nosotros, hoy en día, con los de la anglo-americana). El chico de la viuda, como le decía, había encendido un fogoncito en la playa misma de la laguna con cierto yesquero de cola de mulita (que según se supo en seguida, había hurtado del apero al feroz «Tromenfiyeo», uno de los indios de pelea de la tolería) y, grave y ceñudo, estaba asando un «tucutuco» que hallara sin duda muerto y abandonado por los perros.

—¡Nene gaucho, nene lindo! ¿Vos me agarraste la güampita? ¡Decí la verdá! ¿Ande la pusiste, torito bravo?

Y el mocoso (con sus pómulos salientes y sus ya fieros ojillos de alimaña mirando «retobado» el fuego no hacía el menor caso de los ruegos del mozo ni de los que añadían los circunstancias:

—¿Tú lo agarraste, torito lindo, charita blanco? ¡Mirá! Si me lo das te voy a traer del campo un «chulenguito» (guanaco cachorro). ¡Habla, bandido! ¡Hijo de una tal por cual!

Más apenas Pablo Luna hubo dicho esto y atrevióse a poner un dedo sobre el curtido hombro del muchachuelo, cuando los componentes de aquel grupo de «corredores del Desierto» se alzaron como un solo hombre:

—¡Eh! ¡Cuidao! No lo rependa que él le va a decir... ¡A ver! Potriyito lindo... confíesele al «Wincá» ande le pusiste el chifle!

Y se estaba en eso, sin el menor fruto, cuando Pablo con un gran resuello y llevándose las manos a la cabeza se lanzó de un salto hacia un lugar de la playa de la laguna y hundió en el fango sus botas de cuero de vaca hasta los tobillos: ¡El chifle! ¡Acababa de descubrir su perdido «chifle» casi flotante en el...

—¡Oy!

—Pero estaba abierto y faltaba la carta...

—¡Noooooo!

—¡Siiiiiii... ¡El chifle estaba vacío!

—¿No estaba la carta?

—No estaba, Micha... y lo peor es que resultó inútil cuanto se hizo por encontrarla o por arrancar una noticia a su respecto al sospechoso «Hua-hua», el que acabó por encolerizarse a tal punto que ya de vuelta a los toldos, hasta quiso castigar con un rebenque a su propia tía «Calfú-huata» o sea «panza azul» en araucano, o mejor dicho: «Azul-panza» porque como usted sabrá, aquellos diablos ponían el adjetivo antes que el nombre, al igual que los ingleses.

Y pasó ese día y pasaron otros muchos tristes y deprimentes como esas tardes de invierno sin amor, sin ilusiones y sin esperanzas. Pablo Luna, pese a sus interminables y afanosas búsquedas no logró hallar ni el menor rastro de la carta de Gumersindo... ¡Nada! Ni en la playa de la laguna explorada en todo su contorno, nada en los apretados juncales que se adentraban en ella, nada en el lodo gris del fondo ni en aquel de la orilla amasado por las pezuñas de las bestias: «En fija que el «Hua-hua» la quemó nomás



de travieso o el viento se la llevó quién sabe p'andé.  
¿No?

Y después Pablo Luna empezó a decaer y a enflaquecer de un modo lamentable. Se hubiera dicho que no comiese y al verlo tan encorvado por el desaliento, que llevase el peso de un gran guanaco muerto, sobre los hombros. Además la búsqueda de la carta se había hecho en él como una obsesión, como una manía. Siempre esperaba hallarla de pronto, en cualquier parte, siempre andaba revolviendo las matas de puna o de espartillo o dando vueltas con el pie las bofigas de vaca que hallaba en su camino. El pobre mozo se sabía de memoria la carta de la amada, pero ya no tenía el placer inmenso de besarla como antes en medio de la inmensa noche del desierto, cuando estaba solo e insomne en su pobre cama de cueros de carneros muertos de epidemia... ¡Ah! ¡Volver a poner ante sus pobres ojos enrojecidos por los bárbaros vientos de «Tierra adentro», la realidad embriagadora de aquellos caracteres escritos por la chica y que tenía algo de una desbandada de arañitas!

Y así transcurrieron varios inviernos y varios veranos, Micha... La mamá del presunto autor del estropicio, vale decir de la desaparición de la carta (la viuda «Rumey-huan», o sea «La Paseandera», a fuerza de ver y de oír al pobre Pablo preguntar a cada instante a su chico: «¿En dónde escuendistes, torito lindo?... acabó por aficionarse en tal forma al desdichado «Wincá» que, aunque éste por su edad hubiera podido ser su hijo, no tardó en solicitarle la mano de la manera más «diplomática».

—¿Cómo, cómo? ¿Cómo dice, Cosme?

—Digo claro, Micha... Le propuso que se casara con ella, en una forma tan indirecta como delicada y diplomática.

—¡Nooooo!

—¡Síiiii!

—¡Oy!

—Cierta tarde de un mes de Noviembre, Pablo Luna (cada vez más triste y abúlico) se entretenía a la entrada del toldo de la señora «Rumey-huan», jugando con un cachorro barcino que se empeñaba en lamerle la cara; cuando la viuda, que sonriente y con la mirada perdida peinaba su fuerte y renegrida cabellera, le dijo de pronto:

—¿Estás muy solo, «Wincá», y a lo mejor te vas a morir sin tener quien te atienda... ¿Por qué no te casas conmigo?

—¡Oy! —Y la niña después de reflexionar un instante muy contraído el terso entrecejo, parece tran-

quilizarse de pronto y dice sonriente y alzándose de hombros: ¡Bah!... Al fin y al cabo, qué otra cosa hizo la «Cogota» cuando se le declaró a Rob Pérez en el baile del 31? ¿No oyó algo usted?

—No...

—Es de lo más caradura. ¡Usted no sabe, Cosme!

—No.

—¡Oh! ¡Deje de hacerse el vivo, usted también!

—Dejo, Micha, dejo... pero, lo cierto es que, como le decía, la señora «Rumey-huan» sin cuidarse siquiera de la presencia del pequeño y despierto «Hua-hua» que los miraba con sus ojos mongólicos mientras masticaba el extremo de un maneador que fue de su finado padre, le habló así al desamparado Pablo:

—¡Qué guaranga! ¿No?

—Al oír la diplomática indirecta...

—¡Vaya con la diplomacia y la indirecta!

—Al oír la indirecta Pablo levantó la triste y sorprendida cara: «¿Tú? ¿Yo?» —Alcanzó a decir y en seguida, entre asustado y sonriente abandonó el cachorro con que jugaba y marchando hacia atrás fue a refugiarse en su solitario toldo de soltero, seguido por la mirada un poco resentida pero aún optimista de la enamorada dama.

—¡Está bueno!

—¿Bueno? ¡Muy malo, Micha! Y figúrese que para peor y cuando ya no podía mover un dedo, sin sentir fijos en él los ojos enternecidos de la señora «Rumey-huan», he ahí que de pronto recibe dos nuevas solicitudes, esta vez mucho más serias y peligrosas y justificadas...

—¡Oy!

—¡Pare! Había en la toldería dos solteras muy buenas mozas, las hermanas «Vuta-paylan» (gran sosiego) que no hallando sin duda varón de su gusto entre los apuestos lanceros de la tribu, habían coqueteado mucho sin rendirse a la coyunda y esas dos solteras (especie de «flappers» indígenas) se lanzaron casi simultáneamente en son de conquista sobre el dolorido «Wincá nuevo» que a su propio decir «a gatas podía con sus güesos».

—¡Está bueno!

—¡No! Ya le dije que estaba malo...

—Bueno, bueno! ¡Siga!

—Si Pablo Luna no hubiese estado tan profundamente enamorado de la bella y remota Gumersindo, quizá no hubiera podido resistir a la seducción de la menor de las «Vuta-paylan» («por mal nombre»: «May-coñu» que quiere decir: «Tórtola») y...

—¿Por qué dice «por mal nombre»?

—Los gauchos y los indios-gauchos llamaban «mal nombre» al apodo, así fuera el más simpático y halagador del mundo... ¡Ahí tiene! Usted se llama María Celina Realles Haspurgo y nosotros le decimos Micha «por mal nombre»... ¿Comprendió?

—Sí, continúe...

—Como le decía quizá Pablo no hubiera podido resistir al poderoso «sex-appeal» de aquella «glamour» pampeana, la que, como ya le referí, también además de su belleza poco común tenía un carácter muy emprendedor y unas maneras... de muchacha de película yankee... Usted sabe, Micha, el amor verdadero es caprichoso y cierra los ojos como los chicos mañeros a cualquier otra seducción que se le ponga por delante... Pocos serán los hombres o las mujeres enamorados de verdad que puedan ser infieles...

—No sé... Vea: «La Cuzca Overa»...

—¿Cómo! ¿«La Cuzca Overa» dijo?... ¡Vaya un sobrenombre!

—¿Ha visto, Cosme? Lo mismo digo yo. Me refiero a la de Méndez Napeso... Los padres, por no sé qué gracia de mal gusto, le empezaron a llamar así, recién nacida, luego las amigas y los amigos y ahora no se saca el apodo n con bencina... Así le dicen hasta en los diarios.

—¿Qué barbaridad! ¿No?

—Bueno, com iba a decirle «La Cuzca Overa» tiene dos novios y a los dos los quiere...

—Esos no pueden ser novios y el asunto ya no es cosa de manicomio.

—¿Vio? Pero así es, se lo juro por lo más sagrado...

—Un día de gran viento y frío, Pablo Luna andaba alejado de los toldos registrando como siempre las matas de espartillo y de «pasto blanco» en procura de la perdida carta cuando se le presentó allí la menor de las «Vuta-paylan», la que cansada sin duda de la esgrima tan diaria como inútil de sus miradas de potranca chúcara venía para algo más ejecutivo a escondidas de la hermana mayor...

—Vea, Cosme... ¿Qué se cree? Yo conozco aquí el caso también de dos hermanas que se disputan a un hombre...

—¡Bah, bah!

—¡Le juro, Cosme! ¡Palabra de honor!

—¡Cállese, Micha, y déjeme acabar la novela! Esas son cosas de indios.

—¿De indios? ¡Altro que indios!

—Se le presentó, como le decía, en pleno campo y bajo aquel gran viento del S.O. que escarbaba la

raíz de las matas de pasto hasta arrancarlas. «May coñú», estaba pintada como para un Colón... ranquelino, envuelta en su rico «pilquén» de los días de fiesta y caminaba ondulando el grácil cuerpo como una Joan Crawford cualquiera...

—«¿Cómo estás?»

—«No estoy bien».

Ella hizo un mohín graciosísimo, como si eso de estar mal en lugar de una desdicha fuera algo muy divertido y en seguida inquirió contrayendo las cejas y bajando la voz, como si hubiera temido que aquel frío viento cordillerano hubiera podido llevar sus palabras hasta los toldos y los enemigos oídos de su hermana mayor y de la señor «Rumey-huan» o sea «La Paseandera»: «¿Kizyaugeymi chi eymi?» (¿Eres soltero?).

Él, entre sorprendido y asustado, levantó los ojos vacilando, mas, inmediatamente, tuvo como una inspiración salvadora:

—«Soy casado» —repuso como con pena y torciendo a bajar la cabeza cubierta por un viejo sombrero «bayo» al través de los agujeros de cuya copa asomaba su cabello en pinceles, se aplicó de nuevo a la tarea de revisar cierta mata...

La joven y hermosa india palideció amarillo-verdoso como palidescen los indios, pero sin lugar a duda y en seguida pasó por sus bellos ojos bravíos esa fulguración de odio homicida que no pueden ocultar en ciertos casos ni aún los ojos de las mujeres blancas más sociables y cultas...

—«¿Fothúmgeymi?» (¿Tienes hijos?).

—«Fothumgen». (Tengo).

La joven india entornó los párpados, se mordió los finos labios, se echó sobre el seno de sus pesadas trenzas y, por último, dejó deslizar con su dulce voz un tanto gutural:

—«Cuando puedas volver a tu tierra, «Wincá nuevo», —si es que puedes— tu mujer y tus hijos ya habrán muerto...

Aquel dicho absurdo, especie de augurio infausto y brutal, impresionó tan desagradable y dolorosamente a Pablo que palideció y gritó casi colérico:

—«¡Felelay!» (No es verdad). «¡Coylagey!» (¡Es mentira!).

Había pensado y sentido como si Gumersinda hubiera sido ya su mujer, como si ya hubiera sido padre en ella y... ¡ni tan siquiera tenía la carta!

Y aunque en seguida Pablo meneó la cabeza y sonrió con melancolía como diciendo: «¡Qué dispa-

rates pienso y digo!»... la menor de las «Vuta-paylan» (por mal nombre): «May-coñú») quedó por lo menos saludablemente convencida de que su «Wincá nuevo» era casado entre los cristianos y de que tenía más de un hijo...

—¡Qué bueno! Y ella qué sinvergüenza... ¿no?

—Pero, como usted podrá sospecharlo, Micha, ninguna de las tres beldades dio por terminado el asunto y las tres prosiguieron tejiendo solapadamente sus redes de esperanza en torno del barbudo y macilento mozalbate, quien por otra parte y en ninguno de los tres casos, se atrevió a una negativa descortés y rotunda, pues pese a su poco mundo, ya presumía que entre los ranqueles como en las gentes más civilizadas la diplomacia es un gran recurso. Les dijo que le hicieran el favor de aguardar a que tuviese la certeza de que no podría volver más a tierra de cristianos y como lo dijo a cada una por separado y en secreto, las tres continuaron considerándole candidato y descargando la cólera furiosa de sus respectivas y celosas impaciencias en una escandalosa batalla entre ellas mismas. Se espiaban a todas horas del día y de la noche, se acusaban de las mayores desvergüenzas y, hasta las mismas hermanas «Vuta-payán» llegaron a tratarse de «Ñua zomo» delante de la gente.

—¡Qué cosa! ¿No?

—... Y fue entonces cuando sobrevino la epidemia, una terrible epidemia...<sup>5</sup>

—¡Oh! ¿Y de qué?

—Viruela, Micha, viruela; eterno azote de los indios y cuyos efectos agravaban la ignorancia, la falta de recursos y el espanto animal que provocaba entre ellos... Yo no lo vi... ¿Usted convendrá conmigo— por mala voluntad que me tenga— en que yo no pude ser testigo de los acontecimientos de mil ochocientos treinta y tantos?

—¡Ah, claro!

—Pero he leído a Hernández, a Mansilla, a Zaballos y a la mayoría de los que antes y después observaron, describieron o estudiaron las costumbres indígenas y todos están de acuerdo en que la aparición del flagelo en una toltería aterrorizaba a los salvajes al extremo de hacerles abandonar a los enfermos, por estrechos que fueran los vínculos de amor o de sangre que les unieran a ellos.

En la ocasión de referencia y, como ocurre casi siempre, ante la amenaza de calamidades públicas: Chistes y burlas... Se había enfermado un muchachito cristiano-cautivo, agregado al toldo del caciquillo y no se sabía aún a ciencia cierta cuál fuera

su mal. El pobre Robustiano (cordobesito del lado de «Los Montes») y para los indios, «por mal nombre»: «Melinamú», que quiere decir cuatro patas...

—¡Oy qué guarangos, qué brutos! ¿No?

—¡Doce años apenas, Micha!

—¡Noooo!

—¡Siiii! Porque deliraba con cuarenta y dos grados de fiebre, lo mantenían en el patio, fuera del toldo oficial, a la intemperie, sin ropa ni abrigo alguno, pues en su inquietud angustiada arrojaba lejos de sí el ponchito calamaco, con el cual le había cubierto por caridad y hasta cansarse una cautiva ya marchita pero que fuera otrora capricho del caciquilla...

—¡Noooo!

—¡Siiii!

—¡Oh! ¡Deje de embromar!

—Dejo y prosigo: cuando vino el «médico»<sup>6</sup> con toda su mentirosa y bárbara terapéutica de alaridos, de saltos y de crueldades, recién le brotó la erupción al muchacho y los presentes supieron sin necesidad de ser brujos que aquello era la viruela y que el flagelo más temido por los indios, había entrado en la toltería.

Como medida inmediata el pobre Robustiano fue alejado «viento abajo» como a unas dos cuerdas de los toldos y al reparo de unas cortaderas y junto a un viejo jagüel, se le hizo una cama de pasto seco y con agua al alcance de la mano y una ración de charqui de yegua asado («por si acaso lo agarraba el hambre») se le dejó como era de práctica en el más absoluto abandono... hasta que pocos días después el indio de lanza, «Cayúquirque» (Seis gavilanes) que regresaba de dar vuelta una tropilla, comunicó que «pa su gusto» el cristianito debía de haber muerto ya, porque estaba «enllenito e escas» y «ni siquiera se las espantaba»... A nadie conmovió la noticia... Ante el toldo principal y a respetuosa distancia (por cortesía o miedo a la enojada aflicción del Lonco) se agrupaba un buen golpe de gente cabizbaja y sombría: El hijo mayor del jefe y de su mujer «principal» estaba tan enfermo que no podía levantarse de su mullido lecho de cueros de oveja negra y como es no debía ser otra cosa que la viruela, por la entrada del gran toldo hecho con pieles de yegua, salían el lloro de la madre y el jadeo del médico que ejecutaba sus farsas...

—«Ése no sabe nada...»

—«Me mató a mi pobrecito «Quechu-pan» (Cinco leones).

—«Oigan: Pa mi gusto...»

Pero no fue posible continuar el «tijeiteo» contra el ranquelino «hombre de ciencia» porque en ese momento el capitanejo asomó la cara descompuesta para preguntar con enojo, sin dirigirse a ninguno de los presentes en particular:

—«¿Dónde está la «calcú»?

Y añadió malhumorado volviéndose lentamente hacia el interior del toldo, al tiempo que varios indios solícitos salían disparados:

—Que diga de una vez qué es lo que ha adivinado en todita la mañana...

La adivina de la tribu, «calcú» (bruja) en el lenguaje guarango y despectivo del prepotente indígena, tenía sobre sus débiles hombros septuagenarios la pesada responsabilidad de adivinar si el chico del jefe iba a morir o no y quién era entre todos los cautivos y asilados el autor del «engualichamiento» o daño o «mal de ojo» que había traído la peste a la toldería y por ende a la criatura infeliz,<sup>7</sup> y... la pobre vieja se entregaba a los ejercicios más complicados y dilatados a efectos de ganar tiempo y poder verle «los pies a la sota», ya que un error podía costarle hasta la vida que como usted sabe cuando ocurre algo insólito en cualquier parte, el que hace cosas raras es el primer sospechado.

Y no había desaparecido aun del todo la rechoncha silueta del capitanejo en el interior de su toldo, cuando «¡cata ahí!»... que una joven india se allega desoldada y corriendo al grupo expectante para anunciar entre lágrimas:

—¡Mi hombre, mi hombre! ¡Mi «Talcancó» (agua de trueno) se me ha enfermado. ¡Su cuerpo quema como el rescoldo y el pobre conversa como un loco con los ojos cerraos! ¿Qué hago, hermanos? ¿Qué hago? ¿Dónde está el «Lonco»?

Al principio, todos los presentes se limitaron a mirarla con ojos como asombrados y en seguida comenzaron —temerosos de contagio— a retirarse de ella como de un animal peligroso. La india repitió su pregunta con la mirada enturbiada de angustia y retorciendo sus brazos, hasta que un viejo dijo sin mirarla y arrastrando siniestramente su ronca voz gutural:

—El hijo del «Lonco» tiene también la peste...

—¡Oh!

—Espere...

Y como en ese mismo instante salió el «médico» del toldo con todo su aparato de saltos y aullidos, la dolorida esposa de «Talcancó» se precipitó sobre él tratando de tomarle por las ropas para arrastrarle hacia el suyo:

—¡Mi hombre, «médico»! ¡Mi Talcancó que se me muere! Te pagaré muy mucho... ¡Sus ponchos pampas, su camisa overa, sus espuelas de plata!».

Pero el «médico», temeroso sin duda por su fracaso fingió no oírla y con una zurda cabriola escapó de allí velozmente perseguido por los ruegos y ofrecimientos de la pobre mujer desesperada...

—¡Oh! Pero... ¿Dígame, Cosme, cómo sabe tantas cosas de los indios?

—Porque me he preocupado de saberlas, porque he leído... ¿No leyó nunca a Mansilla, a Zeballos?

—Yo no... Tan sólo he visto en el biógrafo algunas vistas de los indios pieles rojas... ¿No? ¿Por qué me pone esa cara?

—Por nada, Micha... ¡Bueno! Algunos días después el flagelo hacía crisis. Habían fallecido ya, hasta una veintena de indígenas adolescentes o niños y a la sazón, el mal parecía querer emprenderla con los adultos. Y se produjo tal pánico que el propio «Lonco», apenas sepultado su primogénito con prisa y casi sin honores por Pablo Luna y cierto cautivo viejo, por «mal nombre» «El chivo blanco, dispuso ese mismo día a la hora «Ellawún» (antes de que salga el sol) que la toldería fuese alejada obra de media legua y «viento arriba» a los efectos de que los «bichos» de la peste no pudieran ser soplados hacia el nuevo sitio por aquel cálido Norte que no «aflojaba ni un chiquitito».

Y fue entonces cuando se ofrecieron los más denigrantes espectáculos de cobardía y colectivo egoísmo. Casi nadie quería acercarse a un enfermo. Los maridos abandonaban a sus mujeres, las esposas a sus hombres, los hermanos a sus hermanos, los hijos a los padres, los padres a los hijos. Aparte de algunas madres que para honor de su raza y de la especie entera no se apartaron de aquellos seres asqueantes y sufrientes que eran sus hijos enfermos, muy pocos fueron los hombres o mujeres que supieron conservar su entereza para ser útiles a algún semejante o por lo menos para no huir a tontas y a locas desparramándose como «ladrones» de cardo barridos por el viento. Entre estos pocos debemos anotar al «médico», el que cansado de gritar y de hacer payasadas inútiles, yacía borracho perdido en el toldo de uno de los muertos de su clientela, en donde descubriera enterrado un barrilito de aguardiente chileno...

—¡Oy!

—El otro, el irreconciliable enemigo de Pablo, el perverso «Curúco», también borracho del día a la noche, y el tercero... nuestro simpático protagonista

a quien dada su situación espiritual «le estaba sobrando la vida», como dicen los malevos neurasténicos.

Uno de los pocos toldos «de representación» que no siguieron de inmediato la retirada dispuesta por el «Lonco» —ya a una legua de allí con sus mujeres, hijos, cautivas y gente de lanza— fue el de la señora «Rumey-huan». La pobre viuda tenía atacado de la peste a su hijo «Huahua» y el presunto robador de la carta Gumersindo estaba tan mal que hasta su inefable tía «Calfú-huata» (Panza azul) aterrorizada por el espectáculo abandonó a su hermana en el duro trance y sin decirle tan siquiera «¡Adiós!» recogió sus «pilchas» y se marchó con el toldo de una amiga de manera que el día en que murió el pequeño, hora «Coai-antú» (cuando el sol se entra) excepto el «wincá» Pablo Luna, ningún otro ser humano estuvo allí, para consolar a la pobre madre o por lo menos para ayudarle a sepultar a su vástago.

—¡Qué cobardes, qué brutos! ¿No?

Otro de los toldos que no habían sido aún levantados tampoco era el de las bellas hermanas «Vuta-Paylán» y Pablo, al verlo más cerrado que una noche de tormenta de invierno pensó en que se hubieran marchado en su prisa con otra gente amiga abandonándolo todo y aunque una tarde —casi a la hora «pun» (cuando ya es de noche)— el muy borrachín de su implacable enemigo «Curúco» después de convidarle inútilmente a pelear, le desafió a que le demostrara que era toro y no vaca entrando en el toldo de un finado ahí no más, en el de las «Vuta-Paylán», de donde la mayor había huido y en donde tan sólo debía estar la menor, en fija muerta, más muerta que su «sanío» (abuelo), Pablo, aunque un tanto impresionado, no tomó en serio la información del borracho y dejándole solo con su catarata de procacidades e insultos, fuese y se metió en su toldo. En realidad, no se sentía bien de salud de algún tiempo a aquella parte. Se fatigaba de nada, le dolía la cabeza y hasta a veces la espina dorsal, pero en su ignorancia nunca sospechó que tales molestias pudieran ser los síntomas del espantoso mal que estaba diezmando a la población de la toldería.

—¡Oy! ¡Pobre! ¿Y qué hizo?

—Avisó por teléfono al hospital Muñiz pero no pudieron enviar una ambulancia para que lo recogiera. Habían salido todas para «El cuero», «Leuvucó» y otros barrios lejanos...

—¡Qué vivo! Le pregunto qué hizo en su soledad y abandono...

—No hizo, no pudo hacer nada que valiera la pena.

Se hallaba sentado en el interior del toldo, en aquella silla de cadera de potro que él mismo se había construido y sintiendo ya los violentos escalofríos y la angustiosa lasitud característicos del periodo de la invasión, cuando la desgrefada cabeza de su enemigo «Curúco» asomó por la abertura de entrada y el indio después de invitarle una vez más a una pelea a bola, cuchillo o chuzo, le comunicó inesperadamente la noticia del fallecimiento de la bella «May-coñú»...

—¡Nooooo!

—Lo mismo o algo parecido gritó Pablo haciendo un gran esfuerzo por levantarse. Sentía las piernas flácidas, un violento dolor raquídeo y un galopar de fiebre en los oídos.

—Yo —explicó «curúco» señalándose a sí mismo—, yo entré solo en el toldo... «May-coñú» muerta... ¡Linda! ¡Toda desnuda! ¡Overita como tordillo sabino!

Al oír esto Pablo trató de incorporarse pero no pudo y tras algunos vanos esfuerzos acabó por rodar por el suelo...

—¡Oy!

—«Curúco» (oscilante el busto pero firmes los pies en el mismo sitio) le contó aun muchos detalles hasta que al cabo, dándose cuenta sin duda de que el mozo lejos de atenderle se entregaba a un extraño soliloquio, cerrados los ojos y volteando continuamente la cabeza, esbozó un ademán despectivo y se fue lentamente, dando bandazos como un viejo velero con «mar de fondo»...

¿Cuánto tiempo pasaría Pablo en medio de aquel tormento inenarrable de dolores, de pesadillas y de angustias? ¡Vaya uno a saberlo, Micha! El caso fue que el primer contacto que tuvieron de nuevo sus sentidos con la realidad, tan sólo le sirvió para oírse a sí mismo, pidiendo con una voz que no parecía la suya: «¡Agua! ¡Agua! ¡Agua!» y volvió a caer en aquel pozo infernal de su delirio que unas veces le enseñaba lagunas cristalinas festoneadas de juncos y otras veces, turbas de médicos-indios que le hundía en el cerebro y en la médula varillas de fierro enrojecidas en la lumbre.

Y... ¡Agua!... otra vez... ¡Agua!... Hasta que en una oportunidad que tardó en presentarse un día, un año, o un siglo, Pablo sintió por fin agua en la boca, sintió que una mano torpe le alzaba la cabeza por la greña y hasta que una voz remota y apagada se negó después a su «¡Más!» anheloso con un bronco «¡Mu!», que en la lengua araucana viene a ser lo mismo que «¡No!»...

—¡Oy!

—¡Palabra de honor!

—¡Qué cosa! ¿No?

Más tarde la paulatina declinación del mal le fue permitiendo poco a poco, darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor, pero en forma muy confusa. Sabía, por ejemplo, que alguien le daba de beber, que alguien le hablaba y hasta solía empeñarse en hacerle ingerir alimentos que le repugnaban y que no podía tragar por el gran dolor de las fauces, pero no tenía la menor idea de quién fuera aquel ser misterioso ni deseo alguno de averiguarlo. Sentía como que su cráneo estuviese completamente vacío pero que a la vez le pesaba como si fuera de piedra. Y lo más curioso era que al oír la voz apagada del misterioso ser que le asistía, Pablo Luna, que no tenía madre, murmuraba en ese tono gruñón de los chicos mimados: «¡Mama, mama, mama!».

—¡Pobre! ¿No?

—Más tarde todavía, pero sin fuerzas aun ni para moverse, tuvo una inequívoca sensación de abandono. Sentía mucha sed y abrigaba la certeza de que su mamá o quien fuera el ser que le había estado asistiendo, no se acercaba más a su cama. Entonces Pablo Luna abrió los ojos y por largo rato se quedó mirando sin ver muy bien sin duda aquel techo de cueros de potro apollillados que el viento estremecía y al través de cuyas juntas se colaba el sol de la tarde, recordó que hacía años que no tenía madre, que Gumersindo estaba en el pueblo de X (Provincia de Buenos Aires) que él, Pablo Luna, comía antes... pero cuando quiso incorporarse la operación le resultó muy difícil: El pobre no tenía fuerzas y además comprobó con disgusto que sus manos —lo único que por aquel momento pudo verse— estaban acribilladas de repugnantes cicatrices...

—¡Oy! ¿Cómo? ¿Y por qué?

—Porque había tenido viruela. ¿No vio nunca a una persona que la haya padecido?

—No, Cosme, yo no...

—Mejor para usted, Micha, y para todos. La desaparición de caras con marcas de viruela es una de las pocas ventajas de la época actual... Cuando yo era chico, todavía se veía a mucha gente con esas huellas tan características como indelebiles.

—No vi ninguna nunca...

—No importa, Micha... Bien: Como le decía, muchas esfuerzos le costó a Pablo en su debilidad poder alcanzar, primero, el chifle del agua y más tarde cierto trozo de carne asada, de yegua, que le dejó sin duda la mano caritativa y misteriosa y carne que a la

sazón se disputaban las hormigas.

—¡Nooo!

—¡Siiii!

—¡Qué vivo!

—Vivo o no, la cuestión fue que después de haberse alimentado con aquella carne —que por lo menos tendría unos tres días de data— Pablo se sintió más fuerte y hasta deseoso de arrastrarse aunque fuese fuera de su toldo para poder aspirar el aire limpio del campo y volver a mirar aquel cielo de Dios que hacía tanto que no había visto. Y al salir casi a gatas, porque su extrema debilidad no le permitía más airoso postura, lo primero que descubrieron sus ojos fue la inconfundible figura del «médico», el que en cuclillas a la entrada del toldo de uno de sus fallecidos clientes ensayaba colocar sobre su cerdosa greña un llamativo adorno hecho con plumas de avestruz, de loro y de flamenco y que constituiría sin duda la última palabra en materia de terapéutica.

—«¡Marimari, a nay peñi!» («¡Buenas tardes, amigo!»)— exhaló apenas Pablo con su voz dolorida y el «médico» contrayendo mucho las cejas para poder reconocer aquella cara picoteada por la peste y atarazada por las uñas, le contestó con otra pregunta:

—«¿Cumlecaymi?» (¿Estás bueno?)

Y Pablo, creyendo que fuese el tal médico su misterioso enfermero y por lo tanto el ser abnegado a quien debía su salvación, se puso a agradecerle cuan efusivamente pudo, sus sabias y humanitarias atenciones y como el otro le mirara escépticamente, Pablo agregó con una sonrisa y en su pésimo araucano:

—Sí, hermano, si no fuera por tus cuidados, me hubiera muerto como un perro...

«El médico» tuvo entonces como un gesto de fastidio y volviendo a contraer el ceño exclamó despectivo:

—«¡Kimlan!» (No entiendo).

—«¿No fuiste, entonces, quien me cuidó hermano?»

Y «El médico» quitándose de la cabeza su aparatoso artefacto vario-pinto contestó rotundamente:

—«¡Mu!»

—¿Y eso, Cosme?

—Ya le dije que eso en araucano quiere decir «no» o «now», como pronuncian las muchachitas yanquis en las obras cinematográficas.

—¡Ah!... Es cierto...

—Bien y en tanto el «médico» volvía a luchar denodadamente con su vistoso adorno que no conse-

guía mantener en su debido sitio, Pablo Luna volvió a interrogarle con justificada extrañeza:

—Pero... ¿dime, hermano, quién fue entonces el que me estuvo atendiendo tanto tiempo?

«El médico» volvió a quitarse malhumorado el impresionante penacho que estaba ensayando y contestó al punto:

—¿Y quién iba a ser? «Curúco».

—¡Eh! ¿Cómo dices, hermano?

—«Curúco»... Naidés más pudo ser, porque es el único que sabía entrar en tu toldo.

—¡Oh!

—Después lo agarró la peste también y se murió...

—¿Cómo!

—¡Ah, ah! Y ahí está todavía solito en su toldo, con la panza hinchada como vizcachón ahoga y todo llenos de moscas...

Pablo Luna se afligió al oír esto:

—Pero... dime, hermano: ¿Y por qué no le han dado sepultura? ¡Caray!

«El médico» se alzó de hombros:

—Y habrán tenido miedo de la peste...

Pablo lo miró con asombro:

—¿Y tu hermano?

—Yo tengo que curar a los enfermos...

Pablo pensó preguntarle cuáles eran esos enfermos que había curado, pero se contuvo y en cambio se puso a averiguarle las razones que pudo tener «Curúco» para socorrerle en su desamparo:

—Él me odiaba, hermano, y hasta quiso achurarme en una ocasión...

—No le hace amigo—contestó «El médico»— cosas de mamao... Ansina como le dio por odiarte le dio después por repararte... A lo mejor creyó que tenías aguardiente escuendido como hacen tantos... ¿No?

Pablo Luna insistió con voz debilitada:

—Yo quisiera que tú que sabes tanto me expliques...

Mas «el médico» cada vez más incomodado porque el adorno no se le sostenía en la cabeza, lo paró en seco.

—¡Mirá, amigo! Pa consultas veme en mi toldo.

—¡Qué malo! ¿No?

—¿Vio? Bueno, como Pablo Luna era demasiado joven aun para saber que a veces tanto el bien como el mal suelen llegarnos de quienes menos lo esperamos... ¿De qué se ríe, Micha?

—¿No dijo que Pablo tenía como veintitrés años?

—Cierto...

—¿Y eso le parece demasiado joven?

—¡Claro que sí! Y le aseguro que a usted le va a parecer lo mismo cuando ande por los cuarenta.

—Yo no quiero vivir...

—¡Cállese! Todos decimos lo mismo, Micha... Es un caso muy semejante a aquel de las chicas que nunca se casarán con un gordito, con un coloradito...

—¿Y después se casan?

—¡Justamente! En cuestión de años todos decimos lo mismo de muchachos, pero después nos vamos «casando» con los treinta, con los cincuenta, con los ochenta y con los cien, sin creernos obligados a dar explicaciones.

—¡Bueno, siga!

—¡Caramba con la chica ésta! ¿Por dónde iba? ¡Ah! Como Pablo Luna era aun muy joven para saber que el bien o el mal suele llegarnos de donde menos lo esperamos, no acertaba a explicarse la razón de aquel cambio...

—Yo tampoco.

—Ni yo, Micha... Como le decía, Pablo no acertaba a explicarse lo ocurrido, pero como era noble de sentimientos experimentó en seguida la necesidad espiritual apremiante de ir a despedirse por lo menos del cadáver de su bienhechor, solitario allá, en su toldo lejano y sin más compañía que las moscas...

—¡Oh!

—¡Un momento, Micha, un momento! Mas sucedió que, como el hombre propone y Dios dispone, Pablo—que había contado demasiado con sus miserables fuerzas de convaleciente—tuvo que emplear las últimas que le quedaban en volverse a su toldo casi a gatas... Y estaba tratando de arreglar un tanto su cama de cueros de carneros muertos de epidemia para volver a tender en ella su flaca y descompuesta humanidad, cuando le ocurrió lo enormemente extraordinario...

—¿Qué, qué le ocurrió, Cosme?

—¡Momento! Le sucedió que al mover algunos de aquellos cueros, encontró un papel y que el tal papel arrugado y maculado de distintas grasas era nada menos que la carta perdida, la famosa y amada carta de Gumersindo: «Acuérdate de mí... Yo te tengo en mi corazón...».

—Prosigo: como usted ya lo habrá pensado, Micha, una de las principales preocupaciones que embargarían a un hombre de estos tiempos al regresar después de tan largo tiempo a sus pagos y al amor de una hermosa mujer, habría sido aquel estado deplorable de su físico, aquel horror de cara acribillada

por la viruela...

-Ya le dije que no sé, que no he visto nunca...

-Su abuelo, Micha, tenía esas marcas, sin embargo... Su abuelo materno...

-¡Nooo!

-¡Síii!

-No recuerdo...

-¡Se lo juro! Quedan muy mal y sobre todo en la edad de las pretensiones o mejor dicho de los «tonteos», según la expresión de una señora inteligente; pero crea, Micha, que para los hombres de aquel tiempo -al revés de lo que les ocurría a las mujeres- no tenía demasiada importancia porque no les significaba desventaja en ningún orden de sus actividades: demostrar valor en cualquier caso, hacerse una posición independiente y honorable y ser padres de una docena de hijos por lo menos...

-¡Noo!

-¡Síii!

-¡Oh!

-Bueno... ¡Ya me hizo perder otra vez el hilo del relato! Pero no importa, la cuestión fue que algunos meses más -un hermoso atardecer de Otoño-, Gumersinda Arraiza estaba en la puerta de la casona paterna mirando sin ver la calle polvorienta...

-Pero... ¿cómo? ¿Por qué no sigue el cuento por su orden?

-Primero porque estoy apurado por marcharme y después porque quiero ahorrarle la relación monótona de aquel viaje de Pablo desde Manuel Mapú hasta sus pagos, pues, parte de algunos cientos de ojeadas a la carta de la muchacha, no ocurrió nada notable y, para llenar la laguna, tendría que decir como los niños en sus improvisados y fantásticos relatos, a fin de tomarse tiempo para pensar: «...E iba, e iba, e iba...».

-¡Está bueno!

-¡Caramba! El que «iba» era yo, Micha, cuando usted me interrumpió tan inesperadamente... ¿Por dónde iba?

-E iba por donde Gumersindo estaba mirando hacia la calle...

-¡Ah! Eso es... Muchas gracias... Estaba Gumersindo mirando con sus ojos de expresión incomparable, aquella tristeza de calle de pueblo solitaria y sin pavimentar, en donde las hojas desprendidas de los viejos árboles ejecutaban sobre el barro reseco vuelos o danzas sin sentido alguno; cuando el rumor de un tranquear de caballo la hizo volver a la cabeza. Provenía el ruido del lado del almacén de

Don Bautista y lo alzaba un malacara grandote, bastante flaco y «trasijao», montado por «uno de poncho», barbudo y melenudo y al que la muchacha no había visto nunca...

-¡Oh! ¿Era Pablo Cosme; era Pablo, verdad?

-¡No!

-¿Cómo que no?

-Era su sombra, Micha...

-¡Oh!

-Sí, cuando como sonriendo al través de un sueño, Pablo detuvo su caballo ante el portón y la llamó por su nombre, Gumersindo, asustada y ceñuda, miró en torno como buscando de dónde podría haber salido aquella voz que le traía un recuerdo y a cuál otra «señorita Gumersindo» podría estar dirigiéndose aquel sujeto inquietante con la cara ennegrecida por las intemperies y casi oculta por una barba tan poblada como polvorienta.

-¡Gumersindo!... Señorita... Soy yo, Pablo Luna... ¿No me recuerda?

-¡No! -Y la muchacha retrocedió varios pasos con los hermosos ojos como agrandados- ¡No!

-Soy Pablo Luna, señorita... ¡Se lo garantío!...

Y ella jadeando de angustia cardíaca y retorciéndole sus lindos dedos:

-¡No es verdad! ¡No puede ser!

Él entonces, tan excitado y trémulo como la muchacha, se dejó resbalar del voluminoso apero de su caballo, haciendo caer sin reparar en ello, el cadáver de cierto piche flaco que traía colgado de los tientos y...

-¿Y eso qué es?

-«*Dasyus minutus*», Micha...

-¡Muy enterada!

-No importa... Lo esencial en este momento de mi relato apresurado es dejar establecido que Gumersindo no reconocía a su amado y que presa del miedo se iba internando en el patio, bajo las acacias, la boquita entreabierta y las manos engarbatadas a la altura del seno:

-¿Qué quiere, qué desea?

Y él, siguiéndola tembloroso y tratando de suavizar en lo posible el bronco tono que había dejado en su laringe la enfermedad o el largo vivir entre los indios:

-¡Óigame, señorita! ¡Como un favor se lo pido! ¡No se me asuste! Soy Pablo Luna y acabo de llegar de «Tierra adentro»...

Ella experimentó entonces algo rarísimo que la hizo retorcerse las manos y mirar hacia todos lados con



expresión indecisa: era como si el espíritu de Pablo estuviese allí... pero... ¿en dónde?... ¿Debajo del piso, entre los mil y un habitáculos de «bichos de cesto» que llenaban las ramas de las acacias en aquella brisa otoñal que hacía aletear levemente un extremo del pañuelo floreado de la muchacha?

—¡No es cierto!... ¡Usted miente! —gritó al fin, con desesperación— ¡Mamá! ¡Mamá!... —y siguió retrocediendo hacia el interior de la casa por una suerte de veredita construida con desaparejos ladrillos...

—No le miento, señorita —gemía casi Pablo Luna avanzando hacia ella lentamente y arrastrando —con ruido de panza de iguana sobre el suelo rocoso— las suelas de sus peludos botas de cuero de vaca sin curtir y confeccionadas en el desierto por sus propias y hábiles manos —¡No le miento, señorita, y se lo puedo probar!

Gumersindo (que proseguía respirando anhelosamente, abriendo como un capullo de rosa... relleno de helado de ananá, su fresca boca de virgen sana y dueña aun de todos sus dientes) se detuvo de pronto:

—¡Pruebemelo! ¿A ver?

Pablo hizo entonces un movimiento como para llevar la diestra mano a su tirador semipesado por el uso (cuero de gato montés) pero se contuvo y puesta la dicha mano en la cadera y echado un pie delante del otro dijo con voz engolada y conmovido acento:

—Oiga: acuérdate de mí... Yo te tengo en mi corazón...

—¡Oy!

—¡Muy bien, Micha! ¡Exactamente! Esa misma fue la exclamación ahogada que lanzó Gumersindo al oír las dulces y conmovedoras palabras que tan sólo ellos dos conocían entre las millonadas de gentes que habitaban por aquel entonces la superficie del mundo.

—¡Oh, Luna!... ¡Oh, Pablo!

—Y él con tristeza:

—Sí, señorita: ¡Pablo Luna!

Y ella casi llorando y sin saber qué hacer:

—¡Oh, Pablo! ¡Perdóname! ¡Dios mío! ¡Qué suerte! ¡Mamá, mamá!

—¡Oy!... Pero...

—¡Sí, sí! Ya sé lo que me va a decir, Micha... A usted, acostumbrada a las maneras del cine, le resultará profundamente fría y tonta la actitud de los dos muchachos, pero yo no tengo la culpa... Cuestión de épocas... Los enamorados... platónicos de entonces no se precipitaban así como así nomás, el uno en brazos del otro como suele verse en el cine yan-

qui, para besarse interminablemente y luego trasladarse a algún boliche indicado por ella, para tomar «algo fuerte»; pero, según parece, aquel recato de maneras y procedimientos no obstaba para que fueran más tarde ardientes y constantes amadores.

—Sí, pero...

—¡No hay pero ni manzano, Micha! Ese día después de reconocerse, Gumersindo y Pablo apenas se estrecharon las manos en presencia de la mamá pero puede estar cierta de que en aquella ocasión el corazón les latía a ambos tan tumultuosa como deliciosamente mientras charlaban quitándose las palabras en la excitación de la embriaguez amorosa que los dominaba...

—... Y yo llegaría a los primeros caldenes en unos veinte días...

—Y yo lloraba y lloraba y nadie sabía nada... ¡Qué desesperación, Pablo! —y la chica levantando los ojos iluminados por su dicha enorme juntaba las manos para repetir una vez más con transporte: ¡Oh, gracias, gracias, Dios mío!

—Está bueno... ¿Y después?

—¡Y después! ¿No lo imagina?

—No...

—Después la visitó algunos meses bajo la estricta pero amable vigilancia materna y quizás... sin poder besarle una uñita pero gozando del bien infinito de contemplar lo que había de ser absolutamente suyo, todo aquel jardín maravilloso que constituyen los múltiples encantos físicos de una bella mujer y, sobre todo, embriagándose con la expresión incomparable de aquellos divinos ojos negros...

—¡Oy!

—¡Se lo juro! Y tan sincera fue siempre la admiración de Pablo Luna por el encanto excepcional que Gumersindo Arraiza podía añadir a voluntad al ya estupendo encanto de sus ojos que, según refieren las crónicas de entonces, tras muchos años de casados y ya padres de hombres, Pablo solía decir aun a su viejecita amada: «¡A ver mis ojazos, reina? Y que ella entonces, mitad en broma, mitad en serio, ponía una vez más en sus ojos, aquella misma expresión inolvidable y única que cuarenta años antes partiera de sus pupilas como un dardo de fuego para ir a iluminar y calentar por vida el corazón de su hombre...

—¡Está bueno... Pero... ¿Y la carta, Cosme?

—¡Ah!... A la carta parece que para que no acabase de deshacerse, la pusieron y guardaron en el fondo de una cajita, hasta que un día... ¡Usted no sabe cómo es la Vida, Michita!

-No...

-Hasta que un día, cierta bisnieta -que ya no se llamaba Gumersinda ni Carmen sino Margot- se apoderó de la amorosa misiva y, como ellos no se atrevían a quitársela por temor de que llorara, la chucuela traviesa acabó por perderla...

#### NOTAS DEL AUTOR

1 Ver L. V. Mansilla: *Una excursión a los indios Ranqueles*.

2 Munster «Viaje a través de la Patagonia».

3 Munster.

4 La mayoría de las frases y vocablos araucanos del relato pertenecen al *Pequeño Manual del Misionero* que extracta el Presbítero D. Melanesio en su *Etimología Araucana*. El resto, a *Viaje al país de los Araucanos*, del doctor E. S. Zeballos.

5 Hernández, Mansilla, Zeballos.

6 Hernández, Carvallo.

7 Hernández, Mansilla, Carvallo y Goyeneche.

